

En nombre de los vencidos (sobre *La agonía de Mariátegui*)

IN THE NAME OF THE DEFEATED (ON *LA AGONÍA DE MARIÁTEGUI*)

Yuri Gómez

Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú

<https://orcid.org/0000-0002-9304-2968>

ygoomez@unmsm.edu.pe

RESUMEN: Las páginas que siguen se adentran en el movimiento de *La agonía de Mariátegui* de Alberto Flores Galindo (1949-1990). El recorrido parte por la relevancia del libro, debido a cómo se aproxima a su tema de estudio. Luego, el texto aborda tres ejes que permiten un acercamiento a las condiciones que rondaron su elaboración: la presencia de Mariátegui, el Amauta, en la biografía del autor, el giro historiográfico francés que faculta algunos elementos centrales del análisis y la historización del marxismo latinoamericano como una impronta que se incorpora en las siguientes versiones del manuscrito.

PALABRAS CLAVES: Mariátegui, cultura escrita, izquierda peruana, historiografía francesa, marxismo latinoamericano.

ABSTRACT: The following passage sheds lights about *La agonía de Mariátegui*, by Alberto Flores Galindo (1949-1990). In the first place, the text provides an insight about the book and its case of study. In the second place, it addresses three issues that allow an approach to the book's history: Mariátegui, the Amauta, in the author's biography, the French historiographic turn that empowers some crucial elements that support the analysis, and

the historicization of Latin American Marxism as a path that is incorporated in the next reprinted versions.

KEYWORDS: Mariátegui, written culture, Peruvian left, French historiography, Latin American Marxism.

Los estudios sobre el mundo de lo impreso tienden a concebir al libro como un objeto estático, inerte, dejando los predios de su alma para el estudio literario o de la estética. Esa bifurcación decanta en la idea de que solo en la mejor producción poético-narrativa se detecta su movimiento interno, colocando en el baúl del olvido otro tipo de obras. Ese sería el caso de *La agonía de Mariátegui*¹, un libro de historia escrito al fulgor del debate de la izquierda peruana. Si bien responde a la urgencia de una coyuntura, los signos de su vitalidad afloraron de inmediato: tan pronto entró en circulación, los comentarios, las críticas y las respuestas estuvieron a la orden del día. Aguirre sugiere, incluso, la presencia de un debate desplegado en medios políticos orientados a la izquierda (28).

La agonía centra su estudio en los tres últimos años de existencia física de Mariátegui, un periodo breve que condensa una reflexión constante, sostenida e indisoluble de su experiencia vital. En esa biografía parcial, la polémica con la Komintern opera como el eje de rotación para otros elementos cruciales de su marxismo. La contienda faculta el acercamiento a la historia del político, al mismo tiempo que del intelectual, desmontando la figura del líder jacobino, conductor de masas, anticipador y seguro sobre la decisión tomada. En la encrucijada de la arremetida de los múltiples contendientes políticos, la salud precaria y la apuesta a favor de la cultura, el autor introduce la imagen del hombre de carne y hueso, “con sus tensiones

¹ En este texto se recurre a la edición publicada como parte de sus obras completas en 1994, debido a que contiene la última versión que publicó Flores Galindo, acompañada de algunas notas editoriales.

y conflictos, sus errores y sus aciertos”, pero circunscrito a la sociedad de su momento (Flores Galindo, *La agonía* 585).

En el libro, cobran centralidad dos ámbitos de la vida del primer marxista de la región. En primer lugar, Flores Galindo mostró a un Mariátegui comprometido con el movimiento comunista internacional, aunque defendiendo una autonomía relativa a las tesis y los mandatos de la Komintern. Por eso, el Grupo de Lima tramonta por otra senda cuando funda el Partido Socialista (1928). Esta narrativa va en dirección opuesta a la oficial del Partido Comunista Peruano, que celebra al Amauta como fundador de su organización política. Entre la militancia comunista, la relación tensa, conflictiva y problemática comulga con las intenciones maniqueas y desviadas de Eudocio Ravines², ya que el nombre acuñado al partido de Mariátegui respondía a cuestiones tácticas suscitadas por el régimen dictatorial de Leguía.

En segundo lugar, *La agonía* presenta el marxismo de Mariátegui como “una manera específica –peruana, indoamericana, andina– de pensar a Marx” (388). Si bien el aporte a la interpretación de la realidad peruana y continental contaba por entonces con una amplia aceptación, el debate surgía en torno a los intentos por acoplar esas ideas con determinada línea política. Por ejemplo, el Partido Comunista Peruano fijó su figura al marxismo-leninismo, atenuando la relación problemática con la Komintern. Si ubicarse en lo ocurrido en Argentina deja la impresión de referirse solo a dicha organización, lo cierto es que la ortodoxia se irradió a otros partidos de izquierda³.

² Eudocio Ravines (1897-1979) asumió la conducción del Partido Socialista tras la muerte de Mariátegui, cambiando su nombre al de Partido Comunista Peruano. Hasta la década del cuarenta, mantuvo el cargo dentro de la organización, mientras promovía un feroz combate contra el legado de Mariátegui. El término de su mandato viene acompañado de su expulsión del partido. Desde ese instante, Ravines pasó a las filas de la disidencia, recayendo sobre él la imagen de un mal cuadro que había complotado con el movimiento comunista. Al mismo tiempo, el Partido Comunista Peruano comienza una campaña, a la batuta de Jorge del Prado, por recuperar a Mariátegui como precursor, a condición de alinearlos con el marxismo-leninismo y omitiendo la polémica con la Komintern.

³ Como se verá más adelante, lo propicio sería considerar a un bloque amplio y

Bajo esas circunstancias, Flores Galindo ingresó al debate desde otra ruta. A diferencia de quienes en el mismo periodo priorizaron lo teórico o lo ideológico en Mariátegui desde sus escritos, *La agonía* propuso una historización de su praxis para la comprensión cabal de la vida y la obra del Amauta. De igual modo, la discusión sobre su interpretación de la realidad pierde centralidad ante el terreno inestable de su actuar en situaciones concretas. En esa medida, el ejercicio de identificación de citas como instrumento de verificación y legitimidad fue desplazada por una argumentación que prioriza “la vida cotidiana, vástago de esas mismas calles y multitudes que alentaron el oficio periodístico del joven Mariátegui” (Flores Galindo, *La agonía* 391).

Pero *La agonía* va más allá de la confrontación con esa lectura acartonada. Conforme uno avanza en la lectura se vislumbra otro proyecto: la edición de 1980, la primera, finaliza destacando su infancia, entre hospitales, y su juventud, en la vorágine de la prensa. Frente a la aceptada visión de dos etapas en la vida de Mariátegui, que organiza la reconstrucción de su bibliografía, Flores Galindo sugiere que el primer marxista latinoamericano solo puede comprenderse a través de Juan Croniqueur, el joven escritor formado en la labor periodística. Esta tarea lo conduce a un proceso de reelaboración constante. En lugar del recurso paratextual o una acotación al principio o final del trabajo, el autor se arriesga a dar cuenta de los nuevos tiempos con modificaciones a la estructura del escrito.

La segunda edición, del año 1982, incorpora como anexo su presentación en el Coloquio Internacional “Mariátegui y la revolución Latinoamericana”, desarrollado en Sinaloa, Culiacán, y publicado el mismo año en una revista peruana (Flores Galindo, “Juan Croniqueur”). El cambio, en apariencia menor, augura la ruta de una futura modificación: si la obra de Mariátegui se interpretaba como una secuencia ascendente y lineal, *La agonía* propone en adelante la imbricación de su obra con una biografía desplegada en un movimiento en espiral. En su siguiente paso por la imprenta, el manuscrito atraviesa por una

heterogéneo al interior de la izquierda peruana que compartía la misma línea ideológica y programática.

ampliación que incorpora ese criterio en su recomposición. Puesta en circulación en 1989, la abrupta pérdida de su autor impedirá que continúe trabajando sobre el manuscrito.

En retrospectiva, nueve años después de su primera aparición, los signos de la ampliación saltan a la vista. Los capítulos de la versión de 1980, junto con su introducción, conforman la primera parte del libro. La segunda parte comprende una mezcla de artículos publicados y de algunos textos inéditos, que atienden a la relación con la experiencia juvenil. El nuevo hilo conector es la relación entre el hombre no solo de ideas, sino también de acción y organización, pero siempre dentro del movimiento de las masas y recogiendo la experiencia del mundo andino. Por tanto, el nuevo texto introductorio no intenta actualizar el contenido, sino enfatizar en el pensamiento autónomo y la singular praxis política, deslizándose desde la sospecha de encontrarse con un proyecto reconfigurado.

Si el lector se detiene en los textos de la segunda parte del libro, descubrirá que la polémica con la Komintern de la primera sección cede su centralidad a otro debate que va tallándose a partir de una diversidad de cuestiones. En lo político, el personaje tramonta de un temprano cuestionamiento de la sociedad estamental a la crítica afirmativa que conduce a la revolución. En la prensa, parte de una literatura asociada con la tradición nacional y el modernismo hacia el descubrimiento del mundo popular a través de la crónica periodística, para arribar al ensayo social como instrumento de construcción de un proyecto societal. Cada capítulo guía a quien devora las páginas por variadas aristas que conectan al joven escritor bohemio con la convicción del marxista.

Mientras la primera parte del libro emplaza a Mariátegui como un marxista heterodoxo, a través de la acción política en distintos frentes, la segunda parte provee una reinterpretación de la experiencia europea. El viaje por el viejo continente es parte de un camino de maduración, nunca un momento de aprendizaje. A su retorno, la irreductibilidad de Latinoamérica se convierte en el cimiento de su

marxismo, aunque mantiene la capacidad de entablar puentes con el pensamiento moderno. Para el Amauta, el legado de Marx no sería otra cosa que un “instrumento de análisis, una especie de gramática, una manera de interrogar a la realidad más que un conjunto de definiciones y preceptivas” (Flores Galindo, *La agonía* 406). De ahí que el marxismo pierde su envoltura de ciencia exacta.

En su conjunto, forma un recorrido por la vida agónica de Mariátegui, emparentado “con el cristianismo de su adolescencia, transformado, más que perdido, en el mito socialista del adulto” (Flores Galindo, *La agonía* 511). Por eso, la revolución condensa la religión de su tiempo y el marxismo como una sola fuerza movilizadora de la historia hacia otro orden social. En el contexto de las disputas por la restitución de Mariátegui, privatizado por un sector de la izquierda, Flores Galindo trata de construir otro horizonte desde “una nueva tradición socialista en el seno de la izquierda” (Adrianzén, “Tragedia e ironía” 13). *La agonía* inicia un nuevo derrotero, que decantó en el impulso de la voluntad colectiva por medio de una praxis donde confluyen la razón y la imaginación.

Toda dinámica interna de un libro se desglosa entre dos alternativas. El movimiento intermitente designa un desplazamiento constante que, como las estrellas vistas desde el firmamento, resulta perceptible por intervalos. Por su parte, el movimiento telúrico irrumpe en cualquier momento, como un sismo de gran magnitud, generando un quiebre que arrasa de manera radical con todo. Del recorrido expuesto, se deslumbra la pertenencia de *La agonía* a la segunda alternativa. Flores Galindo confronta la mirada predominante instaurando un antes y después en la comprensión de la vida y obra de Mariátegui. Pero el libro también consigue aprehender un estilo de trabajo y una forma de vida que combinan el compromiso político con la dedicación a la historia.

EL LIBRO Y EL MUNDO

Las motivaciones para la escritura del libro han sido abordadas con anterioridad en la introducción a la edición conmemorativa redactada por Aguirre (“Un disidente”), así como en el estudio de Gómez (“El duelo”). Sin embargo, ambos textos ingresan a través de cuestiones vinculadas con la toma de decisión: su polémica con militantes de Sendero Luminoso en la Universidad de Huamanga, la invitación a publicar una seguidilla de textos en el semanario *Amauta* (1977-1980) o la relación entablada con José Aricó. Pero poca atención se ha prestado al contexto más amplio que opera como un telón de fondo donde se despliegan dichos acontecimientos.

De primer orden es la biografía de Flores Galindo. En el seno familiar, la figura paterna repercutió en su sensibilidad social, ya que como abogado brindaba asesorías jurídicas a sindicatos del puerto del Callao, entre otras organizaciones gremiales. En ese ambiente, el hijo también tuvo oportunidad de acceder a una nutrida biblioteca, así como a una educación que reforzó las orientaciones sembradas en el hogar. En el colegio privado La Salle de Lima, primaba una formación humanística, abierta a las problemáticas del país, con una surtida y amplia biblioteca donde leyó por primera vez los *7 ensayos* (1928), mucho antes de cualquier noción sobre el marxismo (Aguirre 20). Todo indicaría que en esos años se fue labrando un interés por conocer la realidad nacional.

El acercamiento escolar a Mariátegui converge con el marxismo durante los años de formación universitaria (1967-1971). Si bien la carrera de historia se orientaba por un discurso tradicional, fuera del aula encontró los espacios que nutrieron su compromiso político. De una parte, la efervescencia política marcó ambas décadas: las tomas de tierras por los campesinos en la sierra peruana, la Revolución cubana, el Mayo francés, la polémica chino-soviética, el gobierno reformista liderado por Velasco, entre otras experiencias. De otra parte, su incursión en la militancia de izquierda. En un inicio, el joven estudiante de historia se incorporó a las filas del Frente Revolucionario

de Estudiantes Socialistas (FRES), fundado en 1968 por personas relacionadas con Vanguardia Revolucionaria (VR).

Por entonces, VR venía colocando en el debate político de la izquierda la veta abierta por Mariátegui. El folleto mimeógrafo “Mariátegui: marxista creador” (Vanguardia Revolucionaria, 1965) ilustra el escenario señalado. El material no solo incluía el programa provisional del Partido Socialista, elaborado por Ravines, sino también “Punto de vista antiimperialista” de Mariátegui, un texto de difícil acceso durante esos años⁴. Del esfuerzo de poner en circulación estos documentos se desprenden dos implicancias: la recuperación de la discrepancia entre el Amauta y la Komintern como un gesto para distanciarse del Partido Comunista y la concepción de la tarea revolucionaria a partir del conocimiento de la realidad y el territorio nacional.

A fines de la década del sesenta, las lecturas de *El Capital* de Marx (1867) también ocupó un lugar en su formación política (Burga, “Introducción” 18). Sin embargo, Flores Galindo romperá con el FRES en algún momento de 1970, debido a que asocia la universidad con la burguesía. Al año siguiente, se incorporó a las filas del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), convencido de que la tarea pendiente era “el ‘encuentro’ con los obreros” (Adrianzén, “Tito Flores” 39). Si en su experiencia por VR se perfila una mirada en torno a Mariátegui como hombre de ideas y acción, esta segunda militancia lo acercó a un movimiento obrero de ascendencia clasista. Flores Galindo despliega, entonces, una actividad proselitista en la calle y en plataformas partidarias de ancha base que discrepan con el régimen militar.

Esa preocupación por las clases populares será canalizada en su formación académica por medio de Heraclio Bonilla. En oposición a la historiografía tradicional que recuenta nombres y fechas, al mismo tiempo que describe acontecimientos y exalta personajes, este historiador simboliza un quiebre en la disciplina. Su cátedra

⁴ Si bien el proyecto de las *Obras completas* comenzó en 1965, el volumen que contiene “Punto de vista imperialista” aún estaba en preparación.

incorpora la historia al conjunto de las ciencias sociales, apoyándose en el marxismo sin perder rigurosidad ni creatividad, con el propósito de analizar la realidad peruana. De ahí que Bonilla asesore la tesis de Flores Galindo sobre el movimiento obrero en Cerro de Pasco. Una perspectiva reforzada con su paso por el doctorado en L'École Pratique des Hautes Études (1972-1974), en París, donde entró en contacto con nuevas experiencias historiográficas.

A su regreso de París, Flores Galindo abandona la militancia, pero mantiene su compromiso con el horizonte socialista de manera independiente. Un camino largo inicia con esa decisión, en el cual sus trabajos tomaron mayor amplitud y diversidad temática. Los intereses previos al estudio del doctorado coexistirán con los nuevas, como lo demuestra la estructura de *La agonía*. Sin embargo, el recuento vislumbra cómo la entrada de nuevas fuerzas políticas de izquierda abrió una problematización en torno a la rearticulación del marxismo peruano con Mariátegui. En ese sentido, el libro se encuentra en los planes del historiador peruano desde mucho antes⁵, en tanto su autor se inscribe en el proceso de la Nueva Izquierda.

Ahora bien, folletos como el de Vanguardia Revolucionaria deslizan la imagen errónea de una confrontación abierta y hasta encarnizada entre las facciones de izquierda. Nada más distanciado de los hechos. Para la década del sesenta, Mariátegui era un conocido, aunque poco frecuentado por la militancia. En líneas generales, su figura se redujo a un recurso para la identidad partidaria. Antes que una orientación programática o ideológica, su uso permitió la construcción de espacios de militancia y práctica política diferenciados del movimiento comunista y el aprismo (Adrianzén, “Tragedia e ironía”). Faltos de una visión de país, la fragmentación de las fuerzas políticas caracterizó a la izquierda peruana durante el retorno a la democracia a fines de la década del setenta.

Entre la crisis económica y la violencia política, la aventura democrática terminó a la deriva, como se apreció con la fractura de la Alianza

⁵ Comunicación con Cecilia Rivera, el 8 de febrero de 2021.

Revolucionaria de Izquierda (ARI)⁶ antes de las elecciones de 1980. En estos años también comienza a sentirse la crisis del movimiento comunista internacional, con el cuestionamiento al estalinismo y al socialismo realmente existente. No obstante, el marxismo siguió asumiéndose como una especie de teoría que bastaría con su correcta aplicación para la solución de cualquier problema. De ahí que la apropiación de Mariátegui reprodujo una reflexión dogmática, en donde la cita correcta era suficiente para zanjar las diferencias. Como el propio Flores Galindo recuenta en una oportunidad (*Tiempo de plagas*), la veta abierta con Mariátegui se diluyó poco a poco.

El Partido Unificado Mariateguista (1983-1996) ilustra la situación descrita. El lector se sorprenderá cuando descubra que algunas de las organizaciones participantes sostenían una concepción marxista-leninista sobre Mariátegui (Gómez, “El duelo”). De igual forma, la nomenclatura sugeriría la elaboración de un pensamiento político renovador, creativo y propositivo. Pero sucedió todo lo contrario: el manual marxista se impuso sobre el conocimiento de la realidad concreta, cual si fuese una verdad intrínseca. El primado de la ortodoxia en ningún sentido implicaba una característica homogénea entre las fuerzas de izquierda y cada quien se sirvió de la glosa para delinear un Mariátegui a la medida de su partido, como el propio Flores Galindo denunció en más de una oportunidad.

Por fuera de la política, los intelectuales se volcaron al estudio del movimiento de la sociedad. Otros, en su primacía extranjeros, avanzaron en la investigación sobre Mariátegui. No obstante, todos aprendieron a convivir con los partidos de izquierda. En oportunidades, encontraron recepción en ciertas facciones, como el argentino José Aricó entre los nucleados alrededor de la revista *Socialismo y participación* (1977-2009). En situaciones menos frecuentes, mantuvieron afinidades, aprendiendo a moverse con una independencia

⁶ El ARI era un frente unificado de un grupo considerable de las fuerzas de izquierda, destinado a participar en las elecciones de 1980. Sin embargo, las discrepancias entre los distintos partidos que la conformaban condujeron a su disolución antes de la contienda política.

relativa. Ese fue el caso de Alberto Tauro, compañero de ruta del Partido Comunista. En cambio, Flores Galindo entabló un debate abierto, para una audiencia amplia, porque su lugar de enunciación era al interior de la nueva izquierda.

Todo esto indicaría una dificultad (¿imposibilidad?) para identificar una partida de nacimiento a ese interés por Mariátegui. Una perspectiva más amplia a la del año de redacción del libro exhibe que su figura ronda la vida de Flores Galindo desde temprano. Entonces, nada extraño que quiera escribir un libro, aunque la situación de la izquierda peruana ante la coyuntura adelantó el plan original. La mirada retrospectiva también permite acercar al lector a la forma cómo el autor aborda al Amauta. En oposición a la mirada clásica, *La agonía* se posiciona desde lo subjetivo, priorizando el dato biográfico sobre el texto, la narración estructurada de los hechos en desmedro de lo descriptivo. Todo esto nos conduce al ámbito de su ejercicio de la historia.

LA VIDA Y LA ACADEMIA

Diversos trabajos dan cuenta de la estancia parisina en el desarrollo profesional de Flores Galindo. La orientación que prima en aquellos se enfoca en los autores que leyó o en la relación con algunos historiadores⁷. En esas revisiones, el bosque se pierde por acotar el campo de visión al árbol. En 1972, cuando Flores Galindo llega al doctorado, la historiografía francesa tramonta por un proceso de renovación que cobrará una forma definitiva en la década del ochenta. Braudel había renunciado a la dirección de la revista algunos años atrás, en 1969, mientras que Le Goff no solo dirigía la publicación, sino que también presidía la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (EHESS).

⁷ Burga se detiene brevemente, por ejemplo, en el descubrimiento de la obra de Gramsci en París ("Introducción" 21). Por su parte, Ruíz Zevallos y Gómez trazan un recorrido de largo aliento, donde se referencian algunos historiadores de la escuela francesa como Pilar o Romano, así como a una extensa revisión bibliográfica.

Más allá del nombre de las instituciones y los historiadores, estos cambios son signos de nuevos tiempos.

La mirada de una persona externa a dicha academia quizás contribuya a identificar estas diferencias. El historiador peruano Manuel Burga, por ejemplo, estudió en dos oportunidades distintas en Francia y recuenta que la primera vez, a inicios del setenta, todavía predominaba la mirada de la larga duración, con una inclinación a las metodologías estadísticas. En cambio, durante su segunda visita, a principios de la década siguiente, existía un mayor interés por la antropología y eso que “se comenzaba a denominar antropología histórica” (Burga, *La historia* 199). No obstante, la distinción requiere de matices, ya que ese viraje se desarrolla de manera progresiva, coexistiendo por un breve momento, a veces imperceptiblemente y otras de forma notoria, hasta que los cambios terminan de madurar.

La escuela de los Annales, por ejemplo, atraviesa un periodo de apertura durante los setenta. Si la perspectiva tradicional se asumía como portadora de verdades por la rigurosidad del conocimiento científico, la tendencia emergente mira “expresiones menos acabadas y formales de la vida cultural, esto es, las creencias populares, los hitos, el folclore” (Serna y Pons 97). El recurso de las series estadísticas pierde terreno ante el relato de avatares individuales. En lugar de un sentido histórico que propone un devenir lineal, la disciplina ingresa en el curso discontinuo de procesos particulares que envuelven a los hechos. En contraste con el estructuralismo de la época de Braudel, cuando la historia dialoga con la economía y la sociología, ahora la antropología cubre ese papel.

Como en la antropología, la idea de la diferencia y el extrañamiento orientaron la disciplina de la historia. La primera designó una distancia entre la cultura de quien investiga con la cultura a estudiar, mientras que la segunda alude al efecto que produce esa percepción en el observador o la observadora. En un mismo movimiento, la herramienta de la etnología permitió a quien investigue adentrarse en la conciencia y la representación colectiva mediante las maneras

cómo el individuo percibe la realidad. No obstante, la preocupación por las relaciones entre individuos y grupos implica la asociación de lo colectivo con los sectores populares. La posición ganada por la antropología al interior de la historiografía francesa alcanzará, incluso, a los clásicos que revisita la nueva tendencia.

En efecto, toda ruptura tiene la necesidad de construir su tradición a través de obras que se asumen como propias. Sin embargo, la elección de ciertas producciones anteriores resulta insuficiente sin un ejercicio de reinscripción de los textos en las exigencias de los nuevos marcos de referencia. La historiografía francesa no sería la excepción. En los años cumbre de este giro, por ejemplo, se reeditarán *Los reyes taumaturgos* (1924) de Marc Bloch, junto con un prólogo acorde con el nuevo contexto. En esas páginas, Le Goff realizó un llamado a sus colegas por la utilidad de la antropología para el tratamiento de los problemas, debido a la centralidad del folclore en las investigaciones más recientes. Aquí, esa palabra alude –sirviéndonos del argot contemporáneo– a la cultura popular.

Lo popular, entonces, condujo a una variedad temática –las prácticas religiosas, el rito, la actitud ante la muerte, entre otras– que revitalizó el estudio de las mentalidades en los años setenta. Asimismo, su resurgimiento implicó el abandono de las pretensiones de asumirse como un sistema coherente y válido para el conjunto de la sociedad. Otra perspectiva tomó la posta: una asincrónica, centrada en un momento aislado del pasado, “algo así como una etnohistoria de ese fragmento exhumado” (Serna y Pons 103). Pero la genealogía de las mentalidades bebe de más fuentes. En la década del veinte, el psicólogo Henri Wallon “habría titulado sus obras con ese vocablo” (Serna y Pons 98). A pesar de que dicha disciplina rara vez abordó el tema, el peso de la subjetividad en el estudio de las mentalidades hizo inevitable el acercamiento de la historia y el psicoanálisis⁸.

⁸ Si el extrañamiento alcanza a la experiencia del historiador, entonces la historia se encuentra con una idea no solo propia de la antropología, sino también del psicoanálisis.

De ahí que, como propone Burgière, coexistan dos concepciones en la historia de las mentalidades (88-91). Por un lado, la referencia a Bloch se inclina por el cruce de la antropología con la historia para la explicación de las estructuras mentales profundas que brindan sustento a las relaciones materiales y la organización de la sociedad. Por otro lado, con Lucien Febvre se tendió hacia la psicología histórica, enfocándose en el equilibrio inestable de lo emocional y lo deliberado en las prácticas afectivas e intelectuales. A pesar de esas distancias, ambos comparten una manera de definir y delimitar el campo de acción, donde se vislumbra una tensión entre la experiencia del individuo y las representaciones colectivas, que de algún modo conectan con el ámbito del inconsciente.

Ese ambiente encuentra Flores Galindo durante la primera vez que llega a París, donde su formación académica estuvo labrada por una corriente historiográfica aún sin cristalizar del todo y una tradición que no termina de diluirse. De hecho, él se lleva una valoración positiva del seminario de Braudel, como se encuentra en su epistolario (Flores Galindo, “Carta a Manuel Burga, 20 de diciembre [1973]”). No obstante, el historiador peruano identifica los cambios en curso. En una carta desde Francia comparte la siguiente impresión: “sigue el interés por la historia de las mentalidades” (Flores Galindo, “Carta a Manuel Burga, 16 de febrero [1974]”). De inmediato, suministra a su remitente un detalle de publicaciones recientes que solventan sus palabras. En ese sentido, este panorama visibiliza una exposición a diversos enfoques y perspectivas.

Mucho de lo ocurrido en esos años se filtra en la elaboración de *La agonía*. Así pues, la experiencia individual de Mariátegui se teje con diversas circunstancias que visibilizan por oposición la cultura política peruana de la época. En un mismo movimiento, el autor concibe una historia fragmentada sin perder unidad, esto, eso “no sigue un derrotero lineal, sino que, como advirtió el propio autor, hace juegos con el tiempo” (Aguirre 31). No obstante, el libro destaca por cómo plantea el análisis de la subjetividad recurriendo de forma creativa y sutil al psicoanálisis. En particular, el análisis de la psicohistoria de

Erikson⁹. Flores Galindo aplica dicha propuesta de manera productiva para la construcción de un Mariátegui tensionado por su tiempo, como veremos a continuación.

En algunas vertientes del marxismo, la praxis sirve de medio para el análisis de la formación de una conciencia individual según las situaciones concretas que se afrontan durante la vida. No en vano la definición de una clase, para Mariátegui y su círculo, asignaba “una importancia decisiva al comportamiento, a la acción y la historia anterior de los hombres que la conformaban” (Flores Galindo, *La agonía* 410). Sin embargo, el orden de lo personal, es decir, el carácter, quedaba desatendido en ese modelo explicativo. En cambio, en el esquema analítico de *Historia personal y circunstancia histórica* (1975), Erikson explora el desarrollo de la persona a través de la tensión entre la experiencia y conducta del individuo y el orden de lo social, entendido como el contexto histórico-geográfico.

Para Flores Galindo, la agonía designa la actitud de lucha constante ante la vida, que siempre encara la adversidad y lo posible, forjando la personalidad. Su centralidad para la reconstrucción de la vida y obra de Mariátegui queda manifiesta en su incorporación en el título del libro. Incluso, el autor realiza un paralelo entre su modo verbal indicativo y una llave que faculta el ingreso “al mundo de su tensión interna [...] y nos aproxima a las polémicas que enmarcan su biografía” (Flores Galindo, *La agonía* 390). En ese sentido, la personalidad de Mariátegui decantó de la inflexión entre el mundo interno y lo colectivo. La agonía no solo complementa el énfasis que la praxis traza entre el individuo y lo social, sino que también visibiliza la singularidad de la personalidad y su marxismo.

La agonía se expresa en la confluencia de la fragilidad de su salud, por la osteomielitis, y la confrontación política en múltiples frentes: el aprismo, el movimiento comunista –a nivel internacional y dentro

⁹ De esta referencia bibliográfica soy tributario de las múltiples conversaciones con Fanni Muñoz, amiga y discípula de Flores Galindo. En el contexto de la escritura de *La agonía de Mariátegui*, ella asistió a sus clases, donde se tocaron muchos temas vinculados con el libro.

de su partido—, el acoso del régimen de Leguía y la generación del 900. Ante la adversidad, Mariátegui planea un viaje táctico a Buenos Aires. Su itinerario no es otra cosa que el repliegue “de un país donde tenía perdido un primer enfrentamiento, para contraatacar desde otro escenario” (Flores Galindo, *La agonía* 500). Pero esa actitud ante la vida es irreductible a la polémica con la Komintern. Otras evocaciones se pliegan a lo largo de las páginas: la dedicación a múltiples tareas, la experiencia europea y la realidad peruana, el intelectual y el político, entre otros.

Para una aprehensión de la personalidad, el libro de Erikson plantea la existencia de hitos biográficos que permiten el análisis de las tendencias motivacionales desde la interacción del ciclo de la vida y la actualidad histórica (57). En ese sentido, los rasgos del desarrollo de la persona operan como pistas para la restitución de los fragmentos en una imagen de totalidad. En *La agonía*, el punto de inflexión para adentrarnos en el carácter agónico de Mariátegui es la polémica con la Komintern, la cual se materializa en la 1° Conferencia Comunista de Buenos Aires (1929). Su elección no es fortuita. Flores Galindo trata el evento como si fuese un rito de paso en el marxismo del Amauta, que acentúa una posición propia y particular ante la corriente hegemónica.

Según el libro, Mariátegui intuye que el camino de la Komintern no coincide del todo con el suyo y, evitando una ruptura, apuesta por mantener una autonomía relativa, donde el nombre del partido solo es la punta del iceberg. De una parte, la polémica decanta en análisis diferenciados sobre distintas cuestiones: el diferendo Perú-Chile, la cuestión étnica, la clase, entre otras. Por otra parte, la distancia interpretativa derivó en otras propuestas programáticas en torno al rol del partido y las masas en la revolución. La polémica también afianzó su discrepancia con el APRA y Haya de la Torre sobre la organización y praxis del partido. Por tanto, la 1° Conferencia Comunista de Buenos Aires representa la renovación de su posición marxista, y no su adopción¹⁰ ni, mucho menos, el abandono de la apuesta revolucionaria.

¹⁰ En *La agonía*, Flores Galindo sostiene a lo largo del libro que la vida de Mariátegui parte de un romanticismo impregnado de rechazo a la sociedad estamental

Ahora bien, en una proximidad al terreno de las mentalidades se encuentra la microhistoria, aunque mediada por ciertos reparos. Ginzburg, su mayor exponente, critica que en ese giro de la historiografía francesa se tiende a homogenizar a todos los individuos, como si las clases dominantes y subalternas compartieran una misma cultura (“Microhistoria”). En cambio, su práctica privilegia la cultura popular y sus relaciones con otras clases, a partir de la reconstrucción de las dinámicas de los comportamientos sociales. Sin embargo, las distancias en ningún sentido implican la ausencia de vasos comunicantes. Incluso, su desarrollo, como en el caso francés, empieza en la década del setenta y adquiere una forma definitiva, con nombre propio, años después.

En definitiva, el cambio de paradigma que propone la microhistoria delinea itinerarios cruzados, a pesar de las discrepancias. En oposición a la historiografía tradicional, esta pone el peso de su análisis en la cultura, en coincidencia con el enfoque antropológico en la historiografía francesa. A su vez, ambos enrumban hacia la recuperación del individuo, a diferencia de la anónima historia colectiva de la escuela de los Annales, en tiempos de Braudel. Esos puntos en común, quizás, atrajeron a Flores Galindo mientras cursaba el doctorado, entrando en contacto con esta corriente a través de sus viajes a Italia. La noción de “subalternidad” indicaría otra afinidad, ya que durante esos años él exploraba las posibilidades de la obra de Gramsci para el análisis histórico.

El microanálisis alude a “que el objeto era un caso localizado a partir del cual se intentaba reconstruir la complejidad o la estructura social a la que pertenecía” (Serna y Pons 111). Visto así, los estudios se adentran en cómo los sujetos configuran y expresan el mundo en términos culturales que resulten accesibles para ellos. Pero la mirada del investigador no apunta al ámbito más profundo del sujeto, sino al

oligárquica, que tempranamente, en 1917, se inclina a la revolución y termina consolidado tiempo después de su regreso de Europa en un discurso propositivo, la revolución socialista, el cual ingresa en una fase organizativa de mayor calado desde 1929.

mundo interno de una colectividad que, a su vez, evoca dimensiones culturales de otros grupos y otros tiempos. Por ejemplo, en *El queso y los gusanos* (1989 [1976]), Ginzburg trabaja sobre la biografía parcial de un sujeto que, al margen del canon oficial de su sociedad, resulta atravesada por los cambios culturales de su época, librando una “batalla dialéctica consigo mismo y con sus inquisidores” (Serna y Pons 122).

En *La agonía*, se recoge mucho del método indiciario del cual se sirvió Ginzburg, debido a que se encuentran obstáculos similares. Al abordar un fragmento de una vida, la información disponible es incompleta. En consecuencia, los silencios y las enunciaciones se convierten en datos para reconstruir contextos y sus fuentes. De igual forma, los rasgos individuales se interpretan para no solo narrar una vida y algunas ideas, sino, además, para tejer lazos con ciertas creencias populares. El recojo y uso de indicios atraviesa todo el libro. Flores Galindo recurre a situaciones particulares, así como a un epistolario disperso, no para organizar la biografía, sino para acercarse al pensamiento autónomo y la singular praxis política del Amauta.

Uno de estos índices aparece en el transcurso de la 1° Conferencia Comunista de Buenos Aires. Las actividades de la mañana terminaron en debates intensos y acalorados por las posiciones de los socialistas peruanos, quienes, en un intento por bajar los ánimos, van al encuentro casual con Victorio Codovilla, el máximo representante de la Komintern en la región, para entregarle un ejemplar de los 7 *ensayos*. Sin embargo, Codovilla reaccionó con un gesto desairado, al cual añadió en voz alta un comentario descalificador, señalando que la obra era de poco valor. De ese modo, utilizando el testimonio oral que recoge del sindicalista Julio Portocarrero, Flores Galindo reconstruye lo radicalizado de la posición de la Komintern en la polémica con Mariátegui y su entorno.

El uso del método indiciario también puede rastrearse en la segunda parte de *La agonía*¹¹. La unicidad de Mariátegui, en contra de

¹¹ Tómese en cuenta que la segunda parte se labra durante la década del ochenta, cuando la obra de Ginzburg adquiere notoria visibilidad.

una escisión en dos etapas, se aborda en esos capítulos desde rasgos biográficos. El periodismo aprendido a temprana edad y ejercido hasta el final delinea una transversalidad en el Amauta en torno a la aprehensión de la realidad y el movimiento de su reflexión, entre otros aspectos. Por otro lado, la frágil salud de su infancia muestra que la actitud agónica aparece en distintos fragmentos de su vida, siempre como la superación y el complemento de la anterior. De ahí que la ampliación del libro mantenga correspondencia con el cierre de la primera sección, en donde señala que “el final lleva al principio; la muerte evoca la infancia” (Flores Galindo, *La agonía* 511).

Si tenemos en cuenta que la versión definitiva llega diez años después de su primera puesta en circulación, en 1989, entonces otros elementos tienen que tomarse en cuenta. Por ejemplo, su segundo viaje a París, en 1983, para la defensa de su tesis doctoral ocurrió cuando la historia de las mentalidades se encontraba en su apogeo. Como recuerda Burga, en esa breve estadía las nuevas dinámicas animan el proyecto conjunto sobre la utopía andina (*La historia* 200). Esto es, solo refuerzan el acercamiento a las mentalidades y el psicoanálisis. No obstante, los vínculos que Flores Galindo construye con figuras como Ruggiero Romano y Pierre Vilar¹² indicarían que sus lazos con la historiografía francesa se inclinan hacia la historia social, donde se aprecia el enroque con el marxismo latinoamericano.

EL INDIVIDUO Y EL RELATO DE LO COLECTIVO

En Europa, el campo de la historia social cobró impulso en la década del sesenta, cuando las universidades acogieron “con plena legiti-

¹² Como señala Burga (*La historia* 195), ambos recibían y apoyaban a muchos candidatos doctorales que arribaban a Francia, como en el caso de Flores Galindo. Los dos historiadores se habían distanciado de Braudel para aproximarse de manera heterodoxa al marxismo. Quizás, eso explique la relación que este mantuvo por décadas con su alumno. Sobre la presencia de Vilar y Romano en la obra del historiador peruano, puede consultarse los trabajos de Gómez y Ruíz Zevallos.

midad, la historia obrera y la historia del pensamiento socialista” (Tarcus, “José Aricó” 146). Si bien existía una historización de ambas mucho antes de su propagación por las universidades, esos esfuerzos se nutrían de una tradición militante o desde la contrarrevolución. Así pues, Anderson, al realizar un balance sobre la historia de los partidos comunistas europeos concluye que uno se encuentra ante una literatura extensa, pero de calidad desigual, donde posicionarse como un profesional independiente no hace una diferencia significativa (150). La creación de centros de investigación y documentación sería la consecuencia inmediata.

Entre la década del setenta y el ochenta, los sucesos descritos se materializaron en un puñado de obras colectivas con una repercusión significativa¹³. De primer orden, la construcción de archivos que facultan el análisis de fuentes documentales. Asimismo, en otro orden, fue crucial el distanciamiento de la historia filosófica que terminaba en una reafirmación del marxismo-leninismo. Cada publicación, a su manera, se aproximó al marxismo como si este fuese un hecho de cultura que desbordó a los fundadores y las organizaciones. Mucho más que una doctrina, el marxismo era un proceso abierto, en relación con prácticas políticas, un movimiento social, elecciones estéticas, formas de teorizar, tradiciones y culturas nacionales, entre otras.

En ese sentido, cada colección, cada tomo y cada capítulo se sirven de la historia social para explorar la cultura marxista, desestimando encontrar la corriente verdadera, menos aún la continuación de la obra de Marx y Engels. Los proyectos inscribieron el marxismo en una escala mundial. No obstante, la presencia de nuestra región es mínima en comparación con la magnitud del objetivo trazado, debido a la “ausencia de un corpus de investigaciones sobre el socialismo

¹³ Por ejemplo, los trabajos *Histoire générale du socialisme* (1972-1978), editado en cuatro volúmenes por Jacques Droz; *Storia del marxismo contemporaneo* (1973-1981), editada en siete volúmenes por varios autores; *Historia del marxismo* (1978-1982), de cuatro volúmenes y dirigida por Eric Hobsbawm y otros autores; e *Historia del marxismo contemporáneo* (1976), editada en dos tomos por Aldo Zanardo.

y el marxismo latinoamericanos que pudiera parangonarse con la producción europea” (Tarcus, “José Aricó” 147). Entre la reducida participación de latinoamericanos(istas) y los diversos intentos de traducción fallidos¹⁴, estos materiales sirvieron de referencia para las travesías propias.

La agonía se inscribe dentro de los avatares del marxismo latinoamericano, aunque su derrotero fluyó por otros cauces. A diferencia de Aricó, quien en un intento de historizar el marxismo de la región desembocó en Mariátegui, la ruta de Flores Galindo toma el sentido opuesto: su libro sobre el Amauta conduce a la necesidad de mirar la historia del marxismo. Esto, aunque es cierto que trazar una línea divisoria resulta complicado cuando Mariátegui es el punto de partida del marxismo peruano. Poco a poco, la temática adquiere un camino propio sin consolidarse en una obra propia. Entre otras actividades, los textos sobre problemáticas teóricas y figuras del marxismo ocupan un lugar en su bibliografía, destacando la compilación documental de *El pensamiento comunista 1917-1945*.

Estos desarrollos repercutieron en la ampliación del libro, culminada años después de estas actividades. En retrospectiva, la primera parte de *La agonía* recurre a la dimensión política y los debates estratégicos en fricción con el aprismo y el movimiento comunista, a tono con el trabajo pionero de Michael Löwy, *El marxismo en América Latina* (1980). Mientras tanto, la edición ampliada se preocupa por el proceso de formación del marxismo de Mariátegui, así como de su especificidad histórica. De ahí que en la nueva introducción comience señalando que el Amauta fue “el marxista más original que ha producido la cultura latinoamericana. A través de sus escritos sobre el Perú ingresa en la geografía del marxismo con una tonalidad propia” (Flores Galindo, *La agonía* 175).

¹⁴ Por ejemplo, el libro *Histoire générale du socialisme* (1972-1978) incluía un extenso capítulo sobre la región y sus cuatro tomos se tradujeron al español. La colección *Historia del marxismo* (1978-1982), en tanto, donde contribuyeron también José Aricó y Juan Carlos Portantiero, contó con una edición brasilera y otra parcial en la lengua de Cervantes.

En el Perú, la historia del marxismo es indesligable de la trayectoria del Partido Comunista. Si bien en la década del ochenta varios investigadores locales tomaron esa ruta, la segunda parte de *La agonía* busca reconstruir el contexto más amplio. A primera vista, esta contribución ubicaría a Flores Galindo junto a otros que se adentraron en los avatares del marxismo en la región problematizando los procesos de difusión y recepción del legado de Marx. De hecho, Tarcus señala que estos estudiosos prestaron atención no solo a los modos cómo el marxismo se apropió en cada país del continente, sino también a las sumas y restas producto de las reelaboraciones creativas (“El marxismo” 36-37). Sin embargo, en el libro sobre Mariátegui se procede con el ejercicio inverso. ¿A qué se refiere esto?

Por su cuenta, Flores Galindo —parafraseando el título de uno de los capítulos del libro— busca situar al Amauta en el marxismo. Esto quiere decir que él no ingresa a la problemática por la grilla de la experiencia europea. El suyo es un recorrido que va a ir al encuentro de esa historia como si fuese tan solo una estancia entre otras. En la edición ampliada de *La agonía*, sostiene que el marxismo no se circunscribe a “la historia de una sola una corriente, sino más bien del desarrollo de tendencias contrapuestas, enfrentadas entre sí, separadas por diferencias racionales, sociales, conceptuales y culturales” (552). Acto seguido, coloca a Mariátegui tensionado entre dos coordenadas: la tradición positivista labrada por Karl Kautsky y la tradición crítica que se asume como historicista.

Más allá de ambas, Flores Galindo propone una tercera coordenada, ubicada por fuera del Viejo Continente. El populismo ruso designaría, entonces, la tradición asociada con la posibilidad de una revolución hecha desde un país donde el desarrollo de las fuerzas productivas —del capitalismo, en última instancia— era marginal. La enunciación de las tres corrientes en ningún caso tiene la intención de precisar vínculos, sino la de señalar parentescos y divergencias¹⁵. Un

¹⁵ De algún modo, uno podría sugerir que la historización del marxismo en la región, en tanto recoge una crítica al esquema del desarrollo histórico europeo, vislumbra un potencial antecedente al cuestionamiento del eurocentrismo.

ciclo de conferencias organizado unos años antes refuerza esta idea. El orden del nombre del evento –“El Perú y el marxismo occidental” (1986)– indicaría cierta relación con esa perspectiva. En su presentación, incluso, recalcan la necesaria “comprensión del marxismo como historia de sí mismo” (Márgenes 196).

Dos últimas cuestiones ameritan abrirse en este momento. Una primera aborda la variedad de recursos para la historización del marxismo latinoamericano, pues la ausencia de archivos decantó en la búsqueda de otras fuentes. Flores Galindo tuvo que recopilar una serie de cartas, anticipándose a la publicación del epistolario de Mariátegui, para la elaboración de su investigación. De igual forma procedió con la reconstrucción de la vida de Juan Croniqueur, es decir los años previos al viaje a Europa, ya que la compilación de estos escritos seguía en proceso. La pesquisa de nuevas fuentes se volvió un vicio insaciable. Cuando todo eso era insuficiente, el autor salió a la calle a recoger entrevistas y testimonios con una frecuencia casi diaria mientras redactaba el manuscrito inicial.

Otra razón de fondo está vinculada al enroque de historia, marxismo y psicología. Si la historia social posibilita aprehender el marxismo latinoamericano, el psicoanálisis en ningún caso significa una disociación con el legado de Marx. Muy por el contrario, las elecciones parten de complementariedades. En un texto menor, Flores Galindo sugiere que la historia de esta disciplina en el Perú coincide con la situación del marxismo (“Comentario”). Ambas son introducidas a inicios del siglo XX, pero en un lapso muy corto caen en una larga postergación, hasta su revitalización durante la década del ochenta. Su trayectoria irregular se debe a que “el psicoanálisis no ha prestado –hasta fechas recientes– mucha atención a los fenómenos sociales y objetivos y el marxismo no ha sabido interesarse por los individuos, las subjetividades y lo vivido” (Flores Galindo, “Comentario” 248).

Si bien la historización de la psicología estuvo fuera de sus planes, *La agonía* labra por esa intuición de Mariátegui para hermanar la herencia de Freud con el marxismo. Para ese objetivo, se sirve del

psicoanálisis como una metodología. Si en el interés por el estudio del marxismo predominó un acento en el partido, así como en la producción de biografías, Flores Galindo opta por el relato de la aventura de un hombre que entre tantos otros hicieron –a veces de manera inconsciente– la historia. *La agonía* recorre la vida del Amauta en el sentido contrario a su época sin que eso nuble la comprensión de la sociedad peruana a inicios del siglo XX. Otro tipo de entrada a la problemática donde el marxismo no solo es la historia de sí misma, sino también de la sociedad.

PALABRAS FINALES

En la historia del marxismo en América Latina, la compleja y contradictoria relación entre la teoría y la realidad ha producido un escenario heterogéneo que dificulta discernir ese súbito contrapeso de ausencias y presencias. En una oportunidad, Benjamin apuntó que “la clase vengadora lleva a término la obra de liberación en nombre de las generaciones de vencidos” (186). Esa premonición sería contemplada por *La agonía* desde el plan original hasta su versión definitiva. Flores Galindo rescató a Mariátegui no solo de la cárcel del pensamiento que representó la ortodoxia posterior a su partida física, sino también de esa posición en solitario, minoría de uno, característica de su actitud agónica por forjar un horizonte revolucionario.

REFERENCIAS

ADRIANZÉN, ALBERTO. “Tito Flores. Historia de una amistad”. En VV. AA., *El ejercicio del pensar. Alberto Flores Galindo: historia, política y utopía*, Vol. 12, 2021, pp. 38-43.

_____. “Tragedia e ironía del socialismo peruano”. *Pretextos*, N°1, 1990, pp. 7-22.

- AGUIRRE, CARLOS. “Un disidente tenaz: el Maruátegui de Flores Galindo”. En Alberto Flores Galindo, *La agonía de Mariátegui*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2021, pp. 9-32.
- ANDERSON, PERRY. “La historia de los partidos comunistas”. En Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 150-165.
- BENJAMIN, WALTER. “Tesis de filosofía de la historia”. En *Discursos interrumpidos I*, Madrid, Taurus, 1989, pp. 177-191.
- BURGA, MANUEL. “Introducción”. En Alberto Flores Galindo, *Cartas de Francia 1973-1974*, Lima, ANR/SUR, 2010, pp. 17-22.
- _____. *La historia y los historiadores en el Perú*. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos/Universidad Nacional Federico Villarreal, 2005.
- BURGUIÈRE, ANDRÉ. *La escuela de los annales. Una historia intelectual*. Valencia, Universidad de Valencia, 2009.
- ERIKSON, ERIK. *Historia personal y circunstancia histórica*. Madrid, Alianza, 1978.
- FLORES GALINDO, ALBERTO. “Carta a Manuel Burga, 20 de diciembre [1973]”. En Manuel Burga (ed.), *Alberto Flores Galindo. Cartas de Francia 1973-1974*, Lima, SUR, 2010, pp. 29-31.
- _____. “Carta a Manuel Burga, 16 de febrero [1974]”. *Alberto Flores Galindo. Cartas de Francia 1973-1974*, Manuel Burga, editor, Lima, SUR, 2010, pp. 49-52.
- _____. “Comentario de Alberto Flores Galindo”. *Debates en Sociología*, N°11, 1986, pp. 247-248.
- _____. “Entre Mariátegui y Ravines. Dilema del comunismo peruano”. *El pensamiento comunista: 1917-1945*, Lima, Mosca Azul, 1982, pp. 9-43.
- _____. “Juan Croniqueur. 1914/1918”. *Apuntes. Revista de Ciencias Sociales*, N°10, 1980, pp. 81-98.
- _____. *La agonía de Mariátegui. Obras completas, Tomo II*. Lima, SUR, 1994.

- _____. “La generación del 68: ilusión y realidad”. *Márgenes: encuentro y debate*, N°1, 1987, pp. 101-124.
- _____. *Tiempo de plagas*. Lima, El Caballo Rojo, 1988.
- GINZBURG, CARLO. “Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella”. *Manuscrits: revista d’història moderna*, N°12, 1994, pp. 13-42.
- _____. *Mitos, emblemas e indicios*. Madrid, Gedisa, 1989.
- GÓMEZ, YURI. “El duelo”. En VV. AA., *El ejercicio del pensar. Alberto Flores Galindo: historia, política y utopía*. Vol. 12, 2021, pp. 22-36.
- LE GOFF, JACQUES. “Preface”. En Marc Bloch, *Les rois thaumaturges*, París, Gallimard, 1983, pp. I-XXXVIII.
- MÁRGENES. “Crónicas”. *Márgenes: encuentro y debate*, N°1, 1987, pp. 195-198.
- RUÍZ ZEVALLOS, AUGUSTO. “Alberto Flores Galindo: marco sociopolítico, fronteras teóricas y proyecto político”. *Histórica*, Vol. 35, N°1, 2011, pp. 11-51.
- SERNA, JUSTO Y PONS, ANACLET. *La historia cultural*. Madrid, Akal, 2013.
- TARCUS, HORACIO. “El marxismo en América Latina y la problemática de la recepción transnacional de las ideas”. *Temas de nuestra América*, N°54, 2013, pp. 35-86.
- _____. “José Aricó y la historia del marxismo en América Latina. La historia intelectual y la perspectiva de la recepción”. *Políticas de la Memoria*, N°20, 2020, pp. 146-155.
- VANGUARDIA REVOLUCIONARIA. *Mariátegui: marxista creador*. Lima, Vanguardia Revolucionaria, 1965.